

—Fortuñon? dijo Aznar.  
 —El mismo, respondió éste. ¿Traes el pergami-  
 no que me dijiste? Porque conmigo viene una lin-  
 terna á cuya luz pueda leerlo.  
 —Prevenido y receloso eres, por vida mia.  
 —No en balde pasan años, y se sufren trabajos,

CAPITULO XVIII.

**Que Aznar no dejaba de acudir á las citas que le daban las mujeres.**

—Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero? dijo Aznar al cabo de un rato; mira que el tiempo se pasa.  
 Aun la media noche  
 No era llegada,  
 Ya subia Hernando  
 Por una escala,  
 Y entra muy feroz  
 Por la ventana,  
 Un arnés vestido  
 Y espada sacada,  
 —Caballeros malos,  
 ¿Qué haceis aquí?

CANCIONERO.

Mas la cuerda flotaba, el tiempo corria, y Aznar contenia ya dificultosamente su impaciencia: Fortuñon en tanto seguia leyendo tranquilamente.  
 Aznar tomó el camino de la Misleida, y colocóse de la parte de Oriente. Los gallos de la vecindad cantaron la media noche; un instante despues llegó Fortuñon con algunos almogávares, y unos tras otros fueron llegando los demas.

—¿Fortuñon? dijo Aznar.  
 —El mismo, respondió éste. ¿Traes el pergami-  
 no que me dijiste? Porque conmigo viene una lin-  
 terna á cuya luz pueda leerlo.  
 —Prevenido y receloso eres, por vida mia.  
 —No en balde pasan años, y se sufren trabajos, y se ven reinar reyes.

Aznar sacó de la faltriquera el pergamino que acababa de escribir Gaufrido y lo puso en manos de Fortuñon; éste dió una vuelta á su linterna, y la luz escondida hasta allí, apareció de repente; luego se puso á leer el pergamino, muy lentamente sin duda, porque tardó largo rato en separar de él los ojos.

—¿Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero? dijo Aznar al cabo de un rato; mira que el tiempo se pasa.

Sí acabé, respondió Fortuñon; mas cosas son estas que no deben leerse una vez sola, y dió comienzo de nuevo á su larga tarea.

Aznar dió una patada en el suelo, su cólera iba á estallar, pero se detuvo instantáneamente; á pi- que estuvo que no lo echase todo á perder en aquel trance.

Mas la cuerda flotaba, el tiempo corria, y Aznar contenia ya dificultosamente su impaciencia: Fortuñon en tanto seguia leyendo tranquilamente.

—¿No acabarás? le dijo Aznar al fin.  
 —Acabé por segunda vez, respondió Fortuñon, y veo que el escrito está bien, y tal como debe estar; de suerte que no habrá mas sino hacer lo que tú ordenes.

—Pues vamos en nombre de Dios, dijo Aznar.

—Deja, deja, replicó el viejo almogávar, que le dé al escrito el último repaso.

Y tornó á su tarea.

De cuantas empresas habia llevado á cabo Aznar, ninguna le habia costado tanto trabajo como esta de contener la ira que le rebosaba en el alma contra Fortuñon, si esceptuamos aquella de negarse al reto que Fivallé le hizo momentos antes. Aquí acabó de agotar toda su paciencia, pero calló y aguardó, tranquilo al parecer, á que se terminase aquella tercera lectura.

—Si vieras, dijo luego Fortuñon, la dificultad que me cuesta entender una endiablada abreviatura que hay? No puedo con ella, á pesar de los muchos y buenos cachetes que me costó el que me enseñasen á leer los reverendos padres de Jaca.

—¡Por los santos del cielo! prurupió Aznar, acaba Fortuñon, acaba, ó harás que carguen conmigo todos los diablos.

—Siempre con tus impaciencias, muchacho! respondió el otro devolviéndole el pergamino y cerrando la linterna. Quédome sin entender esa abreviatura, y lo siento á fe mia, porque pudiera ser que en ella se contuviese alguna cosa en contrario de lo que rezan las demas letras.

—¡Satanás confunda al abreviador y á la abreviatura!

—No jures por el diablo, hijo.

—¿Vamos?

—Vamos, respondió Fortuñon. Pero á todo esto

no hemos caido en lo principal; ¿qué vamos á hacer? ¿De qué manera han de cumplirse nuestros propósitos?

—Irémos, respondió Aznar, á los alojamientos de los ricoshombres; yo sé ya de los de algunos, tú sabrás de otros, y entre todos lograremos dar con ellos. No hay mas que romper las puertas ó asaltar las ventanas, y pasar á hierro á cuantos hallemos.

—Aznar! contestó Fortuñon. Aznar, no pasemos de aquí sin inventar otro mejor proyecto, porque ese es de todo punto impracticable. Hé ahí de lo que sirve el ser viejo; hé ahí de lo que vale el conocer á los ricoshombres desde los tiempos gloriosos en que se dió aquella batalla famosa del Alcoráz, y haber visto esta ciudad de Huesca desde que se ganó. No puede ser eso así, no puede ser.

—Callárais lo del Alcoráz, que es la milésima vez que me lo decis en la vida, y diérais algun mejor consejo, y fuera cosa mas digna de agradecimiento, respondió el jóven almogávar.

—Cada casa de ricohombre es un castillo, continuó Fortuñon sin curarse de la reconvenccion de su compañero; en cada una de ellas hay siempre bastante número de hombres armados para acabar con nosotros. Y en cuanto á lo de romper las puertas y escalar las ventanas, ¿sabes lo que te dices, Aznar? Todas ellas están forradas de planchas de hierro, y aun hay puerta defendida con su foso y puente levadizo, como si fuera de una fortaleza.

—Será preciso, pues, replicó Aznar, que quebrantemos esas planchas de hierro, y ceguemos

esos fosos, y acabemos con esos hombres armados, que tan capaces son, según decís, de acabar con nosotros.

—Bueno es eso para hablado; pero de ahí á ejecutado no deja de haber gran distancia. Dígame, Aznar, que lo que tú propones es de ejecución imposible.

—¿Sabes de algun mejor consejo? preguntó secamente Aznar.

—No. —Pues marchemos á casa de Lizana, que debe caer el primero de todos, repuso el jóven almogávar, y echó á andar adelante.

Habrian andado poco mas de cincuenta pasos, cuando Fortuñon se paró de repente.

—Aznar, Aznar, dijo: una cosa se me ocurre, y a mejor que la que tú propones; pára, pára, y la oírás.

Paró con efecto Aznar y puso oído á sus palabras.

Fortuñon continuó.  
—Lo mejor será que aguardemos á mañana . . .

—El diablo te confunda! exclamó Aznar. ¿Para eso me hiciste detener el paso?

—Oye, Aznar, hijo mio, repuso Fortuñon: mira que es bueno el consejo: oye todo y decidirás luego.

—Dílo por tu vida y acabemos.

El asaltar en sus casas á los ricoshombres ya te he dicho que es difícil, muy difícil, casi imposible para nosotros.

—Prosigue.

—Pues para hacer mas fácil el asalto paréceme á mí que debiéramos aguardar á mañana . . .

—¡Ira de Dios!

—Paso, paso, hijo mio; dígame que es bueno el consejo, y que no has de condenarlo sin oírlo antes todo entero de mis labios. Pues como te decia, lo mejor será aguardar á mañana y acudir al alcázar: ¿lo entiendes?

Al alcázar, donde se reúnen de diario los principales de los ricoshombres del reino á disponer de todas las cosas. No cabe duda en que se reúnen, porque los vieron mis propios ojos, así como vieron tan grandes hazañas, así como han de comer la tierra antes de mucho, según es de larga mi edad.

Aznar, sin parar mientes en lo demás de la retahila, se fijó con mucha atención en las primeras palabras: parecióle que el viejo almogávar podia tener razón, y con tono mas afable que de ordinario le dijo:

—¿Conque es decir que tú te decidirás á acometer en medio del dia á los ricoshombres dentro de los salones del alcázar y á acabar con ellos de un golpe?

—Yo . . . yo . . . puesto que el rey lo manda, según reza ese pergamino que tú traes, y á no ser que haya leído mal.

—Tate, tate; que eso bien averiguado está ya: no vengas á levantarme nuevas dificultades, y á quemarme la sangre con nuevas retahilas de palabras.

—Es que para cosas tales todo cuidado es poco, hijo mio.

—Por eso mismo estoy por aceptar el consejo que tú me das ahora: pareceme mas seguro el golpe hallándolos á todos reunidos en el alcázar que no en sus casas, y como es poco todo cuidado, según tú dices . . . .

—Es que yo . . . .

—Silencio, Fortunon; silencio y no hablemos mas en ello: los asaltaremos en el alcázar. Pero eso de aguardar á mañana . . . . ¿No tendrán sospechas de los almogávares? ¿No temes tú que tengan mejor guardadas las puertas del alcázar que no las de sus casas?

—Eso es cierto, replicó Fortunon; porque así como así, no es mucho lo que confían en nosotros, y ya he visto yo personas que han venido á espíarnos los dias anteriores: muy bien que saben ellos que no pueden contar con los almogávares.

—¿Pues entonces que nos haremos? preguntó Aznar dudando entre varios pensamientos.

—La dificultad está en entrar dentro del alcázar.

—¡ Ah ! pues entraremos, entraremos, Fortunon. ¡ Que no se me hubiera ocurrido antes ! Sigueme, y apresura el paso, no se nos haga tarde; cierto que seria gran desdicha que hubiésemos perdido tal ocasion. ¡ Oh ! con tantas dificultades y entorpecimientos como me pones todos, tengo la cabeza perdida. Yo no me he visto en ninguna cosa tan enmarañada como esta; y Dios quiera que no me vea en otra. Las cosas quiero yo hacerlas solo, yo

solo, sin esta lucha de palabras que tanto me enfada, y este continuo disputar que me abate el ánimo y me enflaquece las fuerzas.

El almogávar habia dado suelta por un instante á los sentimientos que á la sazón lo agitaban: aquel hombre no era para coordinar, era para obrar: no tenia instintos de conjurado sino de guerrero; y habria sin duda preferido atropellar dobles peligros, que no tener que urdir tan larga y dificultosa trama. Muy cerca debia estar ya del logro de sus deseos, muy luminoso debió de ser su último pensamiento, porque en su rostro brillaba el regocijo, regocijo siniestro en verdad, pero sincero, completo.

Y en tanto caminaba á largo paso seguido de los otros almogávares: y á medida que pasaba el tiempo mas apresuraba el andar, hasta que llegó con ellos delante del alcázar, por la parte que miraba hácia el rio, debajo del torreón ochavado.

De lo alto de éste colgaba una escala de cuerda; Aznar al verla lanzó una exclamacion de regocijo.

—Fortunon, estamos salvados, dije; ahora entraremos en el alcázar, y mañana la justicia del rey se habrá cumplido.

Y diciendo esto cogió las escalas y empezó á subir el primero. Iria á la mitad, cuando gritó á Fortunon que se disponia á seguirle:

—¿ Tienes reunidos á todos los compañeros ?

—Sí tengo, respondió Fortunon; y ahora vendrán los que faltan con los sayones que quedaron un tanto á la zaga por asegurar nuestra marcha.

—¿ Son cincuenta ?

—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento, sino el saber que habian de hartarse de sangre.

Así fué temido el monje  
con el són de esta campana,  
ROMANCE VIEJO.

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.  
—Yo soy, mi amor, le respondió este poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.  
—Te esperaba con impaciencia. ¡Cuánto has tardado! Pero; Dios mio! ¿Qué es eso, Aznar?  
—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento, sino el saber que habian de hartarse de sangre.

CAPITULO XIX.

**Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido.**

Así fué temido el monje  
con el són de esta campana,  
ROMANCE VIEJO.

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

—Yo soy, mi amor, le respondió éste poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. ¡Cuánto has tardado! Pero; Dios mio! ¿Qué es eso, Aznar? ¿No vienes solo?

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.